

# EL ARRIERO Y EL SACRISTAN



## RELACION BURLESCA

EN QUE SE DETALLA EL CHASCO QUE DIERON AL SACRISTÁN  
EL ARRIERO Y SU MUJER

En lo que baña la luna  
ó en lo que calienta el sol,  
no se puede contar chasco  
como el que he presenciado yo.  
Qué chistoso, qué célebre,  
qué raro, qué tunantón,  
acaecido en una villa  
que se llama Tarancón,  
con un sacristán vicioso  
muy lascivo y socarrón,  
que servía su parroquia  
el año cuarenta y dos.

Fué el caso, que este sujeto  
le dominó la pasión  
de amores con una joven  
que el año anterior casó  
con Francisco de las Peñas,  
hijo de esta población.  
Este tenía el oficio  
de cosario ó conductor  
de encargos para otro pueblo

que le llaman Albuidón,  
distante de allí diez leguas.

Un día de San Antón  
el cosario fué al convento,  
monjas de la Encarnación,  
á llevarle á la priora  
un pequeñito cajón,  
con regalos de un sujeto  
del lugar de Tarancón;  
entró al locutorio Peñas  
y la priora salió,  
y en varias conversaciones

que pasan entre los dos  
tocaron á las efigies  
trabajadas con primor,  
y Peñas dijo á la madre:

—En mi pueblo tengo yo  
un amigo que es tallista,  
retratista y escultor,  
es hábil más que ninguno  
que tenga esta profesión.



—Pues bien, dice la priora, quiero que me haga usted el favor de mandarle trabajar sin ninguna detención un San Sebastián perfecto, porque en nuestra religión le tenemos á este santo extremada devoción.

Tenemos uno muy viejo, y según calculo yo, ha de costar gobernarlo más que vale, y es mejor hacer uno nuevo, y que sea de aquello más superior. El cosario dijo al punto:

—En ello me encargo yo, y luego que se concluya le meteré en un arcón, y en mis bestias le traeré para que venga mejor  
—Pues señor; dice la madre, quedamos en conclusión en que queda usted encargado.

—Es corriente, respondió el cosario. Y de la madre muy cortés se despidió. Fué á la posada y en ella sus bestias aparejó y marcha para su casa; luego que á ella llegó, su esposa que bien le estima á recibirle salió, después de muchos requiebros que pasan entre los dos, y ya que hubieron cenado haciendo conversación dice la esposa al marido:

—Si no fuera por temor de alguna mala resulta, te diera cuenta y razón de asuntos que por mí pasan, pero tengo algún temor que tu genio es muy ligero y te engendra mal humor.

El, que no era nada tonto al punto se presumió si algún picarillo amigo le quería hacer traición,

y así muy disimulado el marido respondió:

—Muy bien sabes tú, Rosita, que de mi genio hago yo cuanto quiero, y por lo mismo puedes con satisfacción contarme cuanto te pase sin ninguna detención. Cuéntame, esposa querida, no tengas ningún rubor, que tengo yo más paciencia que el burro de un aguador.

—Pues mira, te lo diré, Rosita le respondió, y por Dios que no te enfades que me causa desazón. Has de saber, Francisquito, que el sacristán picarón hace ya unos cuantos días que en la calle me encontró, viniendo yo de la plaza de haber comprado un melón, y me dijo: «—¡Adiós, Rosita! Si ahora fueras tú melón para oler los dos melones á tí te olería yo; tienes un yo no se qué, Rosa de mi corazón, y me tiene amelonado tu graciosa conlición, y si te atreves, Rosilla, á pagar mi fino amor, vendería la sotana ó robaría el copón, para ser agradecido á tan singular favor.»

Yo que le estuve escuchando, me salió tanto calor á la cara, que no pude darle la contestación. Volví la cara y me vine sin decirle ni arre ni só, y desde aquel mismo día, por la mañana, á la oración, y más tarde se pasea por todo este alrededor. Esto es lo que me ha pasado con este noble señor,



yo le aborrezco de muerte,  
pero me harás el favor  
de no hablarle una palabra,  
para evitar la ocasión  
de una riña que produzca  
una fatal perdición.  
El marido con sonrisa  
á su mujer respondió:  
—Descuida, Rosita mía;  
pero me harás el favor  
de ayudar á armar un lazo  
para que á ese gran bribón  
se le dé su merecido  
del modo que diga yo.  
Ten cuidado cuando pase,  
ese indecente señor,  
te muestras á él risueña  
manifestándole amor.  
Te hablará con mil amores,  
lo oyes con atención  
y le dices:—Señor mío,  
con la vida y corazón  
deseo servir á usted,  
pero será en ocasión  
que mi marido esté fuera,  
y según conversación  
tuvimos anoche mismo,  
sale hoy á la oración  
por no sufrir entre el día  
tan riguroso calor.  
Usted acecha su salida,  
y en seguida sin temor  
se viene á ésta su casa,  
y al cuidado estaré yo  
para tenerle la puerta  
abierta en disposición,  
pues sin ser de nadie vistos  
disfrutemos nuestro amor,  
y esto con tales palabras  
que no sospeche traición.  
Acto continuo dispongo  
el viaje para Albuidón,  
luego que el pájaro esté  
encerrado en la prisión,  
y diga quiero gozar  
los perfumes de la flor,  
le dices que tú acostumbras  
para disfrutar mejor

momentos tan regalados  
como los presentes son  
desnudarte de camisa  
y que lo mismo hago yo.  
No se escusará él tampoco,  
y tú vas dando ocasión  
que se desnude él primero.  
Hecha esta operación  
le dices: Voy á cerrar  
el postigo del balcón;  
te asomas y yo estaré  
en toda esta observación.  
Llego llamando á la puerta  
con gran precipitación,  
tú te finges asustada  
y le dices: ¡Ay, señor,  
es mi marido el que llama!  
¿Qué haré yo en esta ocasión?  
El ansiará por salvarse,  
y para esto el arcón,  
aquel largo de cocina,  
lo tienes de prevención  
desocupado y puesto  
en la misma habitación,  
le mandas se meta en él  
cual su madre lo parió,  
echas la llave en el arca  
y queda como el ratón.  
En seguida abres la puerta,  
y dejas á mi elección  
el resto de aquesta escena  
que será de admiración.  
La mujer queda conforme  
en dar gusto á su señor,  
con condición de no herirle  
á lo que él condescendió.  
Pues, señor, todo se hizo  
como el marido mandó,  
y á las siete de la noche  
quedó hecha la prisión.  
Entra el marido en la casa  
renegando hasta de Dios,  
á la mujer dice oprobios  
porque la puerta no abrió  
al punto de su llamada  
cuando el primer golpe dió.  
Ella fingía asustarse  
y le pedía perdón,



pero le dijo en secreto:

—¡Ya está hecha la prisión!

Las bestias deja en la puerta

y la escalera subió,

diciéndole á su mujer:

—¡Maldito sea el arcón,

que lo vendí hace dos meses

á las monjas de Albuidón;

y en el viaje pasado

y en el otro anterior,

como llevo tanto encargo

el maldito se olvidó.

Ayuda, le bajaremos,

la mujer muy bien fingió

evitando el ayudarle,

y él cogiendo un varejón

daba en aquellas paredes

con conjuro y maldición,

cuanto el que estaba encerrado

satisfecho se quedó

de que su amada Rosita

no le había hecho traición.

Por fin bajaron el arca

arrastrando entre los dos,

la suben en una bestia

la que con sogas ató,

y tomando su camino

al dicho pueblo llegó

á otro día de mañana.

Luego al convento marchó,

llamó á la madre priora

la que al instante salió;

le dice:—Aquí tiene usted

la imagen que me mandó,

un San Sebastián hermoso,

no se hallará otro mejor.

Al punto abrieron la puerta,

la comunidad salió,

y entre todas ayudaron

y subieron el arcón

al coro para sacarle

y darle colocación.

Pues, señor, llegan al coro

y Peñas el arca abrió,

el pícaro que está dentro

á disimulo se dió,

esperando si le dejan

una noche de función,

y sin mover las pestañas

como un muerto se quedó.

Las madres todas le miran

y le dan gracias á Dios,

y al maestro que lo había hecho

tan hermosa perfección.

Pero la madre priora

aparte á Peñas llamó

y le dice:—Señor mío,

muy bien está, sí señor;

pero tiene... pero tiene...

—Pero, ¿que tiene? respondió

el cosario, y ella dice:

—Tiene... un... qué se yo...

Vuelve á acercarse al arca,

la priora prosiguió:

—Tiene... aquello... que parece

según mi vista un... ratón.

Dice otra á la priora:

—Un sudario le haré yo.

Pero la madre priora

manifiesta desazón,

y visto por el cosario

al bolsillo mano echó,

y sacando una navaja

dice:—Ya se remató,

se le corta, y santas pascuas.

El sacristán que esto oyó,

pega un brinco, y la escalera

la baja de dos en dos.

Las madres que aquesto vieron

á Dios le piden perdón,

porque el santo se había ido

por no sufrir tal error,

y en aquel estado el santo

á su casa se marchó.

Escarmienten los galanes

que se andan de flor en flor,

porque les puede pasar

lo que al sacristán pasó;

y de todos mis defectos,

señores, pido perdón.

**FIN**

MADRID.—Imprenta Universal, Cabestreros, 5.